

# La lucha contra el fascismo en el frente de Aragón

## Por la ruta de las columnas de choque

Por la mañana, anunciamos al cuartel general de la segunda columna, nuestro propósito de llegarnos a Muntesa, con el fin de recoger impresiones de aquél frente.

Nos atiende debidamente el compañero Molins, y nos pide que, si queda sitio en nuestro coche, aprovechemos el viaje para trasladar a esa columna al camarada Gregorio Castanera, de la Regional de Aragón, que, delegado por Zaragoza, marchó a Barcelona para formar una columna, y tuvo ya ocasión de batirse en la toma de Caspe. Va destinado a asumir un puesto en la columna del compañero Carol, de la Regional de Aragón.

Esta columna está casi toda ella compuesta de compañeros que los delegados, a su paso por los pueblos, han ido recogiendo, hasta llegar a formar lo que ya es ahora imponente ejército del pueblo.

Convenientemente provisionado el coche, enfilamos la carretera que va de Caspe a Escatrón. Un salto de 27 kilómetros, que, comentando las incidencias de la toma de Caspe, pasa sin darnos cuenta. Unos minutos de parada en Escatrón. Después, pasamos por Castelnou, Sempér, hasta llegar a Hijar, hundido en un valle.

Empieza el recorrido más pintoresco de nuestro viaje. La carretera corre cubreniendo por entre altas montañas, todas engalanadas de tupidos árboles que aroman el ambiente.

Las faldas de estos montes y los trechos que espaciadamente se encuentran llanos, surcados por numerosos remansos que corren al unísono de la carretera, son una alegría para los ojos, con sus huertas cuidadosamente cultivadas.

Nuestro coche lleva—como es consigna—nuestras gloriosas iniciales; C. N. T. — F. A. I. a sus costados. A su lado izquierdo, el viento hace flamear una bandera roja y negra, que ya tiene historia. Es la primera que entró en Caspe.

De los labios de los campesinos con que nos cruzamos, brotan cordiales y alegres ¡Salud!, que son un incentivo para continuar adelante.

De pronto, el tapón de nuestro radiador forma línea recta con un zagal que camina en dirección contraria a la nuestra.

Un energético y alegre ¡Viva la F. A. I.!, lanza el chaval, con toda su alma, que es contestado por todo el coche con verdadera alegría.

Sigue el coche veloz su ruta, y vienen los comentarios que nos hacen entrever un futuro mejor.

Vamos cruzando grandes y pequeños. Los gritos de ¡Salud! y ¡Viva la C. N. T.!, y ¡Viva la F. A. I.!, se repiten, y bajo la sensación placentera que produce el pisar terreno amigo, llegamos a una barricada a la entrada del pueblo, que nos hace empujar las armas. Según nuestros datos, ha de ser el pueblo de Albalate.

Pero desconocemos las carreteras. Un desvío, el coger una carretera equivocada, nos llevaría a las líneas fascistas.

Hasta este momento, en las barricadas de entrada en los pueblos, sólo hemos encontrado elemento civil. En la del pueblo que nosotros creemos ha de ser Albalate, sólo divisamos soldados y una ametralladora emplazada a la entrada.

Surge inmediatamente en nosotros el temor de habernos equivocado, y mientras nuestra mano izquierda levanta el fusil, en señal de amistad, la derecha empuña disimuladamente la pistola del nuevo largo, pronta a disparar.

Tranquilidad. Uno de los soldados, al adelantarse hacia nosotros, se luda un poco y deja entrever, en el hombro izquierdo, una escarapela republicana. Preguntamos. Es un pueblo controlado por la C. N. T.

Pasamos por el Comité, que sella nuestro paso, y recogemos un vale para gasolina, que nos permite continuar el viaje hasta Muntesa.

En un salto, quedan detrás de nosotros Arifio y Olleta, y a poco hacemos la entrada en Muntesa, que ofrece el aspecto ahigarrado del pueblo movillado.

Son las ocho de la noche. En cuatro saltos, subimos a la nueva casa del Sindicato, que está instalado en un antiguo convento de monjas. Después de abrazar a unos cuantos amigos que al paso encontramos, y de enterarnos que no hay novedad y de que aun tardarán un par de días en avanzar, saltamos al coche para volver a Caspe, a donde hemos prometido regresar esta noche.

Un grupo de gente armada, atraída por la curiosidad que les produce nuestro coche ostentando el letrero de TIERRA Y LIBERTAD, ha formado corro alrededor de él.

Ven que vamos a partir, y la curiosidad natural de las actuales circunstancias les hace preguntar que a dónde nos dirigimos.

—A Caspe— responde el chófer.

—¿Son ustedes periodistas y se atreven a regresar a Caspe en estas horas?—pregunta un soldado de los que componen el grupo.

—Es que antes que periodistas somos anarquistas—contesta uno del grupo.

Enfilamos nuestro coche—en dirección contraria—la carretera que hasta hace un momento seguimos, y con los faros encendidos y dando constantemente la consigna con el claxon, vamos acercándonos al punto fijado como meta de nuestra llegada. Van pasando las luces de los pueblos en rápida sucesión, sin otras paradas que las obligadas por el control.

Nos acercamos a Castelnou. Hasta aquí, el camino ha transcurrido sin novedad, y todo hace suponer que continuaremos igual.

De pronto, cosa de dos kilómetros antes de llegar a Castelnou, suenan unos disparos cuyas balas pasan silbando alrededor del coche. Frenazo rápido y arinas en la mano. No respondemos, por la duda de si es que nos hemos equivocado de carretera, melándonos en las líneas fascistas, o si son los compañeros los que nos han confundido. Es un momento en que sólo precisa serenidad.

Uno de los compañeros que viene de escolta nos aconseja que no nos movamos, pues si es la avanzadilla de Castelnou, tiene emplazada una ametralladora enfilando la carretera.

—¿Quién sois?—nos preguntan.

—C. N. T.—respondemos nosotros.

—Que bajo uno y se ponga delante de los faros—nos ordenan.

Se cumple la orden, y baja un compañero con el fusil en la mano.

—Levanta el arma—mandan, con voz imperiosa.

De mala gana se obedece el mandato; pero empujando con la mano izquierda—disimulada tras la espalda—la pistola, pronta a disparar.

Inmediatamente, es rodeado el coche, y comprobada nuestra personalidad, se notara la confusión.

El pueblo está controlado por elementos de la «Esquerra», que tienen una avanzadilla situada en las afueras del pueblo, avanzadilla que, además de estar situada en lo alto de un montículo, está bastante apartada de la carretera.

Hemos dicho ya en otra parte de este relato que antes que periodistas éramos anarquistas. Si esta asovación nuestra es algo más que unas palabras huecas, quedamos obligados a demostrarlo.

Hoy ha vuelto a probarse que, además de cumplir nuestra misión informativa, podemos ser útiles en algo a la lucha contra la araña negra del fascio.

Al ir a la comandancia de la segunda columna a visar el paso para nuestra salida al frente de Tardienta, nos comunican ha de marcharse para dicha columna el camarada Francisco Muñoz, secretario de la Regional de Aragón.

En otro coche, sale también para Tardienta Manuel Castanera, y en esta ocasión nuestro coche puede servir de agente de enlace.

Cumplidos todos los requisitos, y hecha la visita de rigor al depósito de la gasolina, po-

nemos proa a Bujaraloz, a donde llegamos sin una parada. Aquí la hacemos, y un poco larga. Dejamos el coche a la puerta de Corros, y, después de cumplir en esta oficina un compromiso contraído, nos lanzamos a recorrer el pueblo, trazando entretanto la ruta a seguir y determinando el lugar en que podemos detenernos a comer.

El compañero Muñoz, buen conocedor de este terreno, nos aconseja lo hagamos en La Almolda, pueblo que vive en pleno comunismo libertario.

La Almolda, por fin. Antes de entrar en el pueblo, ya se divisa a un costado de la carretera un mástil sustentando una bandera roja y negra. Son colores que los vemos hermanados por todas partes.

En las ventanas, en las puertas, en lo alto del campanario de la que fué iglesia, en las solapas de las americanas o en el vestido de las mujeres, en forma de escarapela, destaca como nota viva—y vida tiene—esta enseña que hoy recorre gloriosamente todas las carreteras de España.

La mayoría de los camaradas de La Almolda ya conocían al compañero Muñoz, y somos recibidos con la cordialidad que es norma en nuestros mollos.

Nos trasladamos al Comité, que ha sido instalado en la magnífica casa de un hacendado que huyó a Zaragoza.

Nos hablan todos de su vida, de sus proyectos, de la forma que han reglamentado el consumo y la producción.

Nos explican cómo convocaron una asamblea de todo el pueblo, y en ella, rompiendo moldes arcaicos, instauraron una forma natural de vida.

Han distribuido el trabajo con arreglo a edades y sexos, y el Comité cuida con atención escrupulosa de las listas de productos, maquinaria y demás bienes de que dispone la comunidad.

Cuando nuestro interlocutor empezó a hablar, su expresión—consentido de lo que nos exponía—era seria. Poco a poco, ha ido dulcificándose, y ahora brilla en sus ojos, en la confianza en el mañana, sino la seguridad en el presente.

Mientras charlamos, la radio capta la onda de Burkos, sirviéndonos las sandeces de rigor.

Fuertes apretones de manos, unos cuantos abrazos pródigoamente repartidos, y al coche, que la distancia a recorrer es mucha.

Nuestras últimas palabras de despedida son un ¡Viva el comunismo libertario!, que no hay voz que no conteste, y a continuación canta el motor de nuestro coche la canción de despedida.

Van quedando atrás, Alcabierre, Torralba, y van agolándose nuestra capacidad de resistencia.

El polvo nos ciega y reseca la garganta, convirtiendo la saliva en barro. Nuestros huesos empizan a resentirse del continuo y violento ajetreo.

Como complemento a nuestras desdichas, en un cruce de carreteras nos equivocamos y hacemos inútilmente siete kilómetros antes de darnos cuenta del error. Otros siete para recuperar el punto de partida.

Por fin, Tardienta. Del coche pasamos directamente a un almacén de harinas, que es donde está alojada la columna.

A nuestra llegada, encontramos el almacén lleno de compañeros. Parece que han surgido algunos conflictos, y se está celebrando una asamblea.

Hablan varios compañeros, se fija la actitud a seguir, y, terminado el acto, van viniendo los camaradas a abrazar al compañero Muñoz.

Entonces, vamos acercándonos al local de Izquierda Republicana, en el que está instalado nuestro Comité.

Ha llegado el momento de cumplir nuestra labor informativa. Nos llevamos a un rincón a uno de los componentes del Comité, y las sacas de punta aguda que son las preguntas empiezan a ser disparadas.

—¿Cuándo tuvisteis conocimiento de lo que se avecinaba?

—Lo esperábamos días antes de que ocurriese. Pero, al recibir, el día 18 de julio, por la noche, un llamamiento de Huesca pidiendo enviésemos refuerzos, cundió la alarma en el pueblo. La Guardia civil se prestó a armar al pueblo, y para el día 19, ya teníamos, por la mañana, un tren para salir en socorro de Huesca.

—¿A qué obedeció el que no partieseis?

—El teniente de la Guardia civil que mandaba este pueblo nos ordenó esperar hasta la tarde. Al mediodía, el mismo teniente declaró el estado de guerra y empezó el desarme del pueblo.

A esta maniobra cobarde, contestamos nosotros con la huelga general, que se mantiene todo el lunes. El martes, algunos empiezan a reintegrarse al trabajo, y ello da principio a las coacciones. Por esta causa, son detenidos algunos compañeros, y se producen algunos choques con la fuerza pública, cayendo muerto, en uno de ellos, el teniente traidor. Viendo el cariz que tomaban los sucesos, el alcalde decide levantar el estado de guerra, lo que cumple, pese a las amenazas de la Guardia civil. Van llegando compañeros venidos de Almudévar y soldados desertados de Huesca, que acuden con armamento.

Al día siguiente, recibimos la visita de un grupo fascista compuesto de 200 hombres, que es rechazado después de un fuego violento que dura varias horas.

—¿No habéis vuelto a ser hostilizados?

—Por grupos, no. Únicamente por la aviación y la artillería. Pero, hasta la fecha, con mucha suerte. La aviación sólo ha hecho un muerto y dos heridos, y aun éstos, seguramente, hubiesen sido ejecutados por el tribunal del pueblo, ya que se trataba de un maestro afiliado a Acción Popular y de dos hijas suyas. El cañón, los primeros días, ha disparado bastante, pero con poco efecto. Llegó a estas líneas un artille-

ro que pudo fugarse, y nos ha contado que les obligan a disparar, bajo la amenaza de las pistolas que empuñan los oficiales o individuos vestidos de paisano.

Ahora siguen bombardeando, y hay días como el del lunes, o sea ayer, en que nos saludaron con 20 cañonazos, pero sin que tengamos nada que lamentar.

—¿Estáis bien de armamento?

—Sí. En la agresión, que antes te he explicado, de los doscientos, los cogimos bastantes fusiles y ametralladoras. Aparte de eso, con las milicias ha llegado toda clase de material de guerra.

Un fuerte apretón de manos y, en un salto, al Comité Militar, para informarnos de las novedades. No hay ninguna. Están a la espera de que el Cuartel general dé la orden de avance.

Nos han dicho que las avanzadillas están cerca, y hacia allí nos encaminamos.

Nos dan el alto, damos la consigna, y, mientras fumamos un cigarrillo, pulsamos el ánimo de los muchachos que están destacados.

Todos ellos, sólo piden la misma cosa: la orden de avanzar.

Son cerca de las nueve y media, y para esa hora está anunciado un mitin, en que hablará un representante de cada uno de los diferentes sectores obreros de que está compuesta la columna.

Mientras fumamos el cigarrillo que nos sirve de postre, van llegando milicianos que, silenciosamente, van buscando acomodo.

A poco empieza el acto, en el que hablan por el siguiente orden: Gil, del partido comunista; Marsau, de la C. N. T., y Harrio, del partido socialista.

Los tres oradores se manifiestan en tonos de concordia para los restantes partidos, pidiendo continúe la unificación para conseguir el triunfo total, para aplastar al fascismo.

La luz escasea. Los fascistas tienen cortada la línea, y la poca que tenemos es proporcional a motor.

El resplandor mortecino de las bombillas da unas sombras, que resbalan produciendo caprichos raros sobre los ángulos duros de las caras de los milicianos. Lo abietado de sus vestimentas acaba por hacer más erudo el cuadro.

Y, por si poco fuese, nuestra fantasía vuela, y no os para menos, al pensar que se dé un mitin a pocos kilómetros del enemigo.

Casi sin darnos cuenta, el acto ha terminado, y a paso ligero—el frío obliga—emprendemos el camino de la casa en que nos han alojado.

Conforme habíamos acordado, nos reunimos a las siete de la mañana, para volver a Caspe a comer y continuar hasta Muntesa, conduciendo al camarada Castanera, que va a entrevistarse con el compañero Carol.

El camarada Muñoz se queda en Tardienta para hacerse cargo de la misión que le ha sido encomendada. Nuestros propósitos de regresar pronto a Caspe van a quedar frustrados. Contábamos salir a las siete de la mañana y nos va a ser forzoso salir a las diez.

En el Comité Militar, nos comunica el centinela que no puede ser visado nuestro pase de salida porque el personal que se cuida de ello está durmiendo y no vienen hasta las nueve.

Espéramos, y después de visado, nos dirigimos a Valfarta. Al pasar por este pueblo, nos paramos un momento para cargar gasolina y charlar con los compañeros. Han pasado los pobres sus apuros, pero ahora, con un arma en la mano y la confianza puesta en los que a la lucha partieron y en los que quedan, están tranquilos.

Nos hablan de los pueblos cercanos a ellos y de los días pasados escondidos en el monte, antes que aceptar el empujar las armas contra sus hermanos de clase. Nos dicen que en Lantana, acusados por la Guardia civil, fueron justicados once compañeros. En sus caras, con ojos que brillan de odio al darnos la noticia, se ve que sienten el dolor de su propia carne proletaria.

Pronto empieza nuestro cuentakilómetros a dar vueltas. No nos es posible perder mucho tiempo, si queremos llegar a Caspe a tiempo de comer y salir en seguida para Muntesa.

A las seis de la tarde, nos lanzamos a recorrer las vueltas y revueltas que de Muntesa nos separan.

El recuerdo de la alegría con que hicimos anteriormente este viaje nos hace lamentar el que pronto empiece a anochecer. Tiene el recorrido pedregos magníficos, que nos gustaría volver a contemplar.

Llegamos a Muntesa. Respíramos tranquilos, pues creemos terminado nuestro ajetreo por ese día, y, además, esperamos cenar en seguida. Pero los compañeros del Comité nos dicen que el camarada Carol se ha trasladado a Mayuela, lo que, traducido a nuestro entender, quiere decir que también debemos hacerlo nosotros. Mano al volante, y a continuar tragando polvo.

Ahora sí que hemos llegado, y, por qué no decirlo, contentísimos. Nos han asegurado, a nuestra salida de Caspe, que esta columna va a iniciar el avance a las cuatro de la mañana, y pensamos ser en él un hombre más.

Mientras nos dan de comer, charlamos con el camarada Carol. Pocas palabras, pues tanto él como nosotros estamos rendidos de sueño. Nos da una noticia que nos desalienta. Ha recibido contraorden y no se avanza. No estamos de suerte. Decidimos meditar nuestra desgracia con la agradable compañía de la almohada.

— G.

Cara al enemigo, frente al peligro y a la muerte, luchando por la libertad de todos

